

sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura.»

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que á uno le asalten;
Así no se sobresalten
Por los bienes que parezcan:
Al rico nunca le ofrezcan.
Y al pobre jamás le falten.
Bien lo pasa hasta entre pampas
El que respeta á la gente;
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos,
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes.
El trabajar es la ley
Porque es preciso adquirir;
No se expongan á sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.
Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.
.....
Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,
Por experiencia lo afirmo,
Más que el sable y que la lanza,
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.
Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía;
Sin ella sucumbiría;
Pero sigue mi experiencia:
Se vuelve en unos prudencia,
Y en los otros picardía.
Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente,
Y téngalo bien presente,
Si al compararla no yerro:
La ocasión es como el fierro,
Se ha de machacar caliente.
Muchas cosas pierde el hombre
Que á veces las vuelve á hallar,
Pero las debe enseñar;
Y es bueno que lo recuerde:
Si la vergüenza se pierde
Jamás se vuelve á encontrar.
.....
Respeten á los ancianos:
El burlarlos no es hazaña.
Si andan entre gente extraña

XIII.

URUGUAY.

Sólo una razón política, y que pudiéramos decir de equilibrio internacional, divide las dos Repúblicas, de

Deben ser muy precavidos,
Pues por ignal es tenido
Quien con malos se acompaña.
La cigüeña, cuando es vieja,
Pierde la vista; y procuran
Cuidarla en su edá madura
Todas sus hijas pequeñas;
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

.....
El que obedeciendo vive
Nunca tiene suerte blanda,
Mas con su soberbia agranda
El rigor en que padece;
Obedezca el que obedece
Y será bueno el que manda.

.....
Ave de pico encorvado,
Le tiene al robo afición;
Pero el hombre de razon
No roba jamás un cobre;
Pues no es vergüenza ser pobre
Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
Ni pelee por fantasía:
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse;
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se derrama
No se olvida hasta la muerte:
La impresión es de tal suerte,
Que, á mi pesar, no lo niego,
Cae como gota de fuego
En la alma del que la vierte.

.....
Si entriegan su corazón
Á alguna mujer querida
No le hagan una partida
Que le ofenda á la mujer;

tan desigual extensión, que se asientan en las márgenes oriental y occidental del Río de la Plata. La historia de ambos países es una misma, idénticas sus condiciones sociales, análogo el carácter de sus moradores, y tan mezclada su producción literaria, que es casi imposible dejar de mencionar entre los argentinos algún escritor uruguayo, ó viceversa. La pequeñez del territorio de la República Oriental está compensada con las riquezas del suelo y con la posesión de uno de los más hermosos puertos y de las más opulentas ciudades de la América del Sur. Su independencia política parece garantizada también por su posición intermedia entre dos grandes y poderosos Estados, el Brasil y la República Argentina, cuyas fuerzas puede decirse que se han neutralizado para constituir esta Bélgica americana. La historia ha conducido á esta solución por muy largos rodeos, y la constitución definitiva de esta República es mucho más moderna que la de ningún Estado ultramarino. Aun la misma capital, Montevideo, es de fundación modernísima; nació en 1726 al patriótico impulso del Goberna-

Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.
Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento:
No templen el instrumento
Por sólo el gusto de hablar,
Y acostúmbrense á cantar
En cosas de fundamento.
Y les doy estos consejos
Que me han costado adquirirlos,
Porque deseo dirigirlos;
Pero no alcanza mi ciencia,
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.
Estas cosas y otras muchas,
Medité en mis soledades;
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos;
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

dor de Buenos Aires, D. Bruno Mauricio de Zabala, para anular la colonia portuguesa del Sacramento. Aquella resolución memorable salvó el porvenir de la raza y de la lengua castellana en la margen oriental del río, y aseguró al mismo tiempo un baluarte inexpugnable para los inmensos territorios de la orilla opuesta.

Siguió Montevideo el impulso general de la revolución argentina, y en 1812 quedó emancipada de la metrópoli, después de las acciones de *Las Piedras* y de *El Cerrito*; pero su dependencia del Gobierno de Buenos Aires fué muy transitoria. Un jefe de gauchos, llamado Artigas, á quien los uruguayos consideran como un héroe, y los argentinos poco menos que como un facineroso, constituyó en la banda oriental un Estado independiente, que entregado á sus solas fuerzas, no pudo resistir á la invasión portuguesa en 1817. Desde esta fecha hasta 1825, el Uruguay estuvo sometido primero á la corona de Portugal, y luego al Imperio del Brasil, con el nombre de provincia *cis-platina*. El heroico esfuerzo de los *treinta y tres patriotas* inició la reconquista de la independencia, que con auxilio de los argentinos quedó realizada en el campo de batalla de Ituzaingó, y fué sancionada diplomáticamente en 25 de Agosto de 1825.

Es claro que un país constituido de esta suerte ha de carecer de toda tradición literaria del tiempo de la colonia. Aun la imprenta es allí modernísima: fué introducida por los ingleses durante el breve periodo de su ocupación en 1807, con la mira de publicar sus bandos y gacetas, y hacer propaganda en favor de su dominación.

Las discordias civiles de Buenos Aires en el segundo tercio de nuestro siglo favorecieron de una manera muy

eficaz el desarrollo de la cultura en Montevideo, que por algún tiempo pudo considerarse como la Atenas del Plata. En ella buscaron refugio los principales escritores argentinos fugitivos de la tiranía de Rosas, y allí publicaron gran número de periódicos y algunas de sus principales obras Florencio Varela Echeverría, Gutiérrez, Mármol, Rivera Indarte y muchos otros, ya mencionados en el capítulo anterior.

Pero á pesar de su escasa población y limitado territorio, no ha dejado el Uruguay de producir escritores muy estimables en varios ramos del saber, tales como el erudito historiógrafo D. Andrés Lamas, el naturalista D. Dámaso Larrañaga, y el pedagogo D. Marcos Sastre, autor también de un bello libro descriptivo de las islas del Paraná, que llama *El Tempe Argentino*. Esta República es madre también de algunos poetas de mérito, entre los cuales el primero, en el orden de los tiempos, no menos que en la fecundidad, es D. Francisco Acuña de Figueroa (1).

Todo el que vea el retrato de este simpático ingenio, le encontrará desde luego gran parecido con nuestro Bretón de los Herreros; y si recorre sus obras, notará que esta semejanza no se limita á la parte fisiológica. Aunque Acuña de Figueroa no cultivó ja-

(1) Nació en Montevideo el 20 de Septiembre de 1790, y murió en 6 de Octubre de 1862. Había sido durante muchos años Director de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

Sus *Obras completas*, revisadas y anotadas por D. Manuel Bernárdez, forman ocho volúmenes en 4.º, impresos en 1890. (*Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes, editores.*) La distribución es la siguiente: cuatro tomos de poesías diversas, sin distinción alguna de asuntos ni de géneros: dos de *epigramas y torcidas*, y otros dos con el *Diario histórico del sitio de Montevideo*. Estos dos últimos no los he visto.

más la poesía dramática, su musa festiva y satírica, y aun lírica á su modo, es de la misma familia que aquella musa juguetona, cándida y risueña que dictó á Bretón sus letrillas, sus sátiras y otras muchas de sus composiciones sueltas. A Acuña de Figueroa puede aplicarse, como á Bretón aplicó Lista, lo que de sí propio dice Ovidio: «*Quidquid tentabat dicere, versus erat.*» Fué, en efecto, un versificador inagotable, dotado de grandes condiciones para la improvisación, y bastante dueño de la lengua y del metro para hacerse perdonar su facilidad, que en otro hombre de menos ingenio hubiera sido desastrosa. Acuña de Figueroa no tiene elevación ni ternura: las poesías en que quiso levantar el tono son generalmente las que menos valen de toda su voluminosa colección; si bien en algunos himnos patrióticos y en algunas composiciones sagradas, la elegancia y soltura de la rima hacen perdonar la ausencia de inspiración original y vigorosa. Como lírico, vale menos que Arriaza, pero pertenece á su escuela. Poeta de circunstancias, incansable proveedor de versos para todos los acontecimientos públicos, para todas las solemnidades domésticas, repentista de banquetes lo mismo que de profesiones de monjas, oscila entre lo poeta y lo coplero, y tropieza muchas veces en lo segundo. Hay entre el farrago de sus poesías (que ganarían mucho con reducirse á la quinta parte) extravagancias de gusto propias de un improvisador de tertulias caseras: enigmas, anagramas, charadas, acrósticos, pies forzados, versos en forma de cruz, de reloj de arena, de copa. La mayor parte de sus composiciones no pueden tomarse en serio, ni seguramente las tomaba el mismo autor; pero muchas tienen donaire y agudeza, y en todas

pasman la vena abundantísima y el jovial humor que no abandonaron al poeta ni aun en la extrema ancianidad. Era un hombre algo vulgar en sus aspiraciones artísticas, pero sano, bien avenido con la vida, castizo é inocente en sus chistes, muy español en todo, muy regocijado y simpático en su honesta alegría, y muy á propósito para recrear el ánimo de los lectores después de tanta bambolla sentimental, lúgubre y afrancesada como se escribía á orillas del Plata. Sus versos vienen á formar una especie de crónica muy divertida de las costumbres de Montevideo durante más de medio siglo.

Acuña hacía versos sobre todas las cosas, y ya hemos dicho que en general los hacía bien, aunque versasen sobre fruslerías. Nada tenía de poeta inculto: su educación clásica era muy sólida, como lo prueban sus traducciones de Horacio y sus reminiscencias de otros poetas latinos y castellanos del buen tiempo. En la dicción, es uno de los escritores más puros que en América pueden encontrarse. Sus faltas de gusto nacen de la idea un poco trivial que se había formado de la poesía, que para él consistía principalmente en el mecanismo y artificio de los versos. Por eso no tenía reparo en versificar las materias más ingratas, y estaba más satisfecho que de ninguna obra suya, de un *Diario poético* ó crónica rimada del sitio de Montevideo durante los años de 1812, 1813 y 1814, en más de 1.000 páginas. Mucho más hubiera valido, probablemente, para su fama, la publicación de *Los Animales Parlantes*, de Casti, poema que tenía completamente traducido en 1846, y que estaba tan en su gusto y en su cuerda.

Lo más apreciable de sus versos son, sin disputa, algunas letrillas; las *Toraidas*, ó revistas de corridas de

toros, en octavas reales con otros metros intercalados; y sobre todo la colección de epigramas que tituló *Mosaico*. De ella, como de todas las de su género, puede repetirse la sentencia que formuló Marcial sobre la suya propia: «*Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.*» Pero, á decir verdad, hay pocos centones de epigramas compuestos por un solo autor, en que se encuentren tantos buenos como los que pueden entresacarse de la enorme cifra de 1450 á que ascienden los del *Mosaico*. Se conoce que el poeta había nacido para este género de chiste lapidario, y que le perseguía con ahinco, acertando muchas veces con la punta aguda y sutil, aunque rara vez envenenada. Son pocos los que, ni aun remotamente, ofendan el decoro ó parezcan dictados por la maledicencia. Pero muchos consisten en meros retruécanos ó juegos de palabras, y otros tienen poco de originales, hasta cuando no se confiesan traducidos.

Fué también versificador aventajado, dentro de la escuela clásica (1), D. Bernardo P. Berro, autor de una oda *A la Providencia*, en liras, y de una larga *Epístola á Doricio*, que es más bien un poema bucólico, en el que campean á menudo la facilidad en la parte métrica, la pureza de dicción, la belleza de las descripciones y la naturalidad del sentimiento: todo conforme al gusto de nuestros poetas de fin del siglo XVIII, si bien con la liga de prosaísmo que entonces solía mezclarse en toda descripción de la belleza campestre, y de que es memorable y candoroso ejemplo el *Observatorio rústico* de Salas. Algunos tercetos darán idea de la manera des-

(1) Basta citar muy de paso el nombre de otro poeta del mismo grupo, D. Carlos G. Villademoros, de quien hay algunos versos en el *Parnaso Oriental*.